

## ALGUNAS CONSIDERACIONES SOBRE LA CRISIS DE LA DRAMATURGIA\*

**GRISELDA GAMBARO**  
Dramaturga argentina



Un tema que suele ser recurrente cuando se habla de dramaturgia es el que refiere a su crisis. Y a veces esta recurrencia no parte de dudas sino de presunciones que se acercan peligrosamente a la búsqueda de un culpable: falta de dramaturgos, ausencia de obras *representativas*. Hace años participé en un foro dentro del marco del Festival de Caracas, donde se trataba el tema partiendo de esta seguridad enunciada en el texto de invitación: “frente a un notable florecimiento de la narrativa, asistimos en nuestro tiempo a una crisis de la dramaturgia que, sin embargo, es paralela a uno de los momentos teatrales más brillantes en nuestro siglo en cuanto al despliegue creativo de los realizadores”; consideración que no se limitaba a América sino que se hacía extensiva al resto del mundo.

Me pregunté entonces, y me sigo preguntando, si existe en realidad una crisis y si hablar de crisis en sentido de empobrecimiento es exacto.

Los realizadores pueden ser más fácilmente detectados que los dramaturgos, pueden entrar *per se* en el plano del espectáculo, pueden conseguir una autonomía, discutible pero eficaz, a pesar del texto, superando el texto y, en ciertos casos, aniquilando el texto. Muchas veces un realizador

puede alcanzar un convincente despliegue creativo, pero esto no significa que el pensamiento que recorra una puesta sea igualmente sólido.

Todo texto teatral está recorrido por un pensamiento que expresa una reflexión sobre el mundo. La obra de los grandes dramaturgos, Beckett, Discépolo, Pirandello, Valle-Inclán, son *filosofías* que *pasan* a través de la acción y la imagen propuesta por la palabra y la estructura verbal. Puede haber y hay grandes realizadores, pero la integridad creativa entre realización y contenido se da en muy pocos cuando el texto no acompaña la puesta. Por supuesto, toda forma —la del realizador— determina su propio contenido, aunque textualmente se hable de otra cosa. Pocos realizadores han accedido a este plano donde la realización expresa también una filosofía sobre el mundo; Tadeus Kantor sería uno de ellos.

Ciertamente, ningún dramaturgo en América ha alcanzado la misma repercusión que la de algunos narradores. Si en Europa no ha aparecido en los últimos años ningún dramaturgo de la dimensión de Pinter o Peter Weiss debo explicarlo tal vez por un momentáneo agotamiento, por razones de un continente fatigado. En América son

\* Extraído de *En busca de una imagen. Ensayos críticos sobre Griselda Gambaro y José Triana*, editado por Taylor, editorial Jirrol Book, 1989.

otras las causas. Europa ha dado ya sus grandes dramaturgos y reposa, o padece su propio agotamiento. América está en otro proceso diametralmente opuesto: el de buscar y crear su propia dramaturgia. En esta búsqueda hay dos aspectos: la dramaturgia enfrenta problemas específicos distintos de la narrativa, la dramaturgia nace en confrontación *inmediata* con un medio y con los conflictos de ese medio.

La narrativa tiene otro tiempo para ser concebida y ejecutada, es una "estrategia de los efectos", como decía Calvino, que no precisa insertarse violentamente en el "aquí y ahora". Pero la dramaturgia, siendo literatura, *se niega* a serlo, exige el escenario, exige la intermediación de personajes corporizados en un tiempo y espacio precisos.

La literatura dramática es una actividad que supone no sólo un compromiso muy franco sino muy contundente con el medio. Toda pieza de teatro es un ajuste de cuentas, un enfrentamiento inmediato con la sociedad. El destino del texto teatral no puede ignorar la virtualidad teatral de ese texto que lo lleva a insertarse y cuajar en un trabajo en común. Difícil es que el dramaturgo pueda aprender su técnica en soledad como el novelista. Conseguir que una obra llegue al escenario suele ser, salvo excepciones, un largo peregrinaje, con lo que resulta extremadamente arduo adquirir la práctica y los resortes de la técnica teatral, del oficio. Como decía Max Ernst para la pintura: "oficio significa construir las formas. Oficio presupone experiencia". Experiencia personal y experiencia relacionada con la materia de ese oficio.

En la Argentina de los últimos años hemos tenido un excelente teatro, un espantoso teatro. Pero si hay un arte que está íntimamente conectado con la realidad que se vive es el teatro. No es que la narrativa no lo esté, pero esa conexión inseparable de la dramaturgia con el fenómeno teatral, la

inserta en un fenómeno colectivo que tiene la compulsión de su propia especificidad: la necesidad de un público presente que termine el espectáculo. También el lector termina la novela, pero el lector, como el novelista, es un ser solitario: ellos se buscarán y encontrarán de otra manera. No hay citas impostergables para la novela, en el sentido de un tiempo cronológico preciso; hay citas para el teatro, porque el espectáculo está ahí, se desarrollará en un día y en un lugar determinados, y su fugacidad vuelve la cita impostergable. Dentro de ese espectáculo está el texto dramático,



Tadeusz Kantor. Foto: Jacques Babelot.

está la obra del dramaturgo que podrá perdurar por sí misma como literatura, pero que necesita probarse de esa *otra* manera. Ningún dramaturgo piensa su obra como literatura le agrega dramática, y esto significa que la visualiza, la transforma en un producto que puede ser *mirado*, y aparte, armará la estructura de su pieza dentro de un devenir corporizado donde toda palabra será *dicha*.

Esta especificidad de la dramaturgia la conecta con la realidad de manera distinta de la narrativa, aunque las dos formas sean igualmente válidas. Entonces, podríamos preguntarnos cómo nos ha marcado la realidad que vivimos, cómo esa realidad ha marcado el crecimiento de la dramaturgia en Paraguay o Bolivia, ha interrumpido durante las dictaduras militares el transvasamiento generacional en Argentina, Chile, Uruguay. Yo creo que una dramaturgia floreciente sólo es posible en países florecientes, o en países con situaciones económicas duras pero equitativas para todos, o en sociedades con espacio para alternativas políticas y sociales mejores. Cuando las necesidades son las de la mera subsistencia, la dramaturgia es también una dramaturgia de subsistencia. En Argentina ha sido esto, y tal vez un poco más. El teatro, e incluyo la dramaturgia, es un aprendizaje y un intercambio, no sólo en su ámbito específico sino con todas las expresiones de una comunidad. Para que haya dramaturgos (y buen teatro) tiene que existir conjuntamente una rica realidad cultural. Y digo cultural en su sentido más amplio, la integración de los artistas, intelectuales y científicos con una sociedad entera que recibe y produce a su vez los elementos de cultura, en todas sus actividades y costumbres.

En la Argentina tuvimos durante muchos años una *aproximación* a la cultura, una cultura en estancos, una cultura que se atomizó aguda y peligrosamente, y que recién ahora comienza a recomponerse, pero enfrentando una situación económica muy deteriorada. De tal manera que está articulada nuestra producción teatral, para cualquier espectáculo se requiere una estructura económica y una respuesta del espectador que

depende también, inicialmente, de su capacidad económica. Entonces, a la luz de estas circunstancias, nuestra dramaturgia —y diría la de toda América que enfrenta problemas de parecida gravedad— sólo padece crisis de crecimiento; está creciendo y manifestándose como puede, muchas veces con un lenguaje retrasado y otras veces original, en ocasiones con propuestas equivocadas y otras justas, lo que no supone *a priori* el logro artístico, pero es un buen punto de partida.

Los dramaturgos de América Latina somos el reflejo de nuestros respectivos países, países con historias tortuosas, castigados y degradados, donde se nos negó incluso la asunción de la realidad, disfrazada y distorsionada por la censura y los medios masivos de información. Situación aún vigente en algunos aspectos, pero en crisis, como nuestra dramaturgia, usando crisis en sentido de búsqueda y de cambio, de derrumbe y construcción.

Nadie vuela solo, menos en el teatro, menos en la dramaturgia. Los dramaturgos, como los narradores, trabajan con los datos de la realidad y los recrean, los re-ordenan según la propia imaginación y talento, pero como ya dije, la dramaturgia exige el espacio escénico, exige la confrontación inmediata con el espectador en un juego mucho más perentorio de correspondencia que la novelística. Entonces, lo que podemos hacer en esta América empobrecida por la colonización y las dictaduras, es intentar caminos, imaginar y reflexionar con ganas, sobrepasar los límites de la realidad y demostrar que esa realidad no es "categorización rígida" sino materia cambiante y modificable; abrir caminos para la gran dramaturgia que tendremos porque no sentimos fatiga sino la saludable furia y pasión de los que fueron enmundecidos por la fuerza. Nuestra dramaturgia no está en crisis, está acompañando con equivocaciones y aciertos el proceso de buscar una identidad constantemente negada, el proceso de ser lo que queremos ser, hombres y mujeres dueños de sus derechos elementales: comer, crecer, disentir, vivir en plenitud y libertad.

